

Las dos Polonias ¿un dilema ineludible?

Por Maciej Stasinski

Los occidentales que expresan su reconocimiento por las gestas históricas del pueblo polaco diciendo: «Vds. han sufrido mucho, pero al fin y al cabo han demostrado una extraordinaria fortaleza espiritual», no sospechan seguramente que hacen un flaco servicio a la joven y aún frágil democracia polaca. Y no por lo falsa que es esta afirmación, sino precisamente por lo que tiene de verdad. Las reflexiones que siguen pretenden, quizá de un modo un tanto provocativo, explicar el porqué.

La desaparición del último de una serie de enemigos históricos de la identidad nacional polaca, el comunismo, ha devuelto a Polonia a su propio devenir histórico. Aunque la influencia de poderosos factores externos, como la difícil vecindad de Rusia, todavía soviética, y de una Alemania unida, seguirá pesando sobre la mentalidad y la política polaca, no es menos cierto que los polacos han recuperado la fundamental, y tan ansiada, libertad para determinar las formas y el contenido de su existencia como nación y como Estado. Pero la reconquista de la libertad, además de ser el cumplimiento del sueño, significa una pesadilla: la de tener que enfrentarse consigo mismo, como en un espejo.

El comunismo ha ejercido una peculiar función terapéutica sobre la mentalidad de los polacos, sirviendo de coartada para la conciencia colectiva e individual. En especial, los defectos y las debilidades, los pecados y las miserias, se relativizaban gracias a la justificadora presen-

cia del «mal encarnado». Desaparecido éste, las virtudes y las miserias están ahí, al desnudo. La democracia polaca ha de enfrentarlos.

El dilema que se plantea sonará familiar a los españoles, a quienes un Unamuno o un Ortega y Gasset han querido acostumbrar a remover su pasado y su identidad —las dos Españas— con el de las dos Polonias.

La primera es una Polonia nostálgica e irreflexiva, que tiene la mirada puesta en el pasado y sus ideas ancladas en los clichés preservados durante los años de la opresión. Es la mentalidad que cree en una Polonia «distinta» y singular, y que desea configurar su presencia en el mundo moderno en torno a unos valores y aparentes axiomas, que durante toda una época han servido como eficaces armas de defensa frente a la agresión comunista. Es una Polonia que, al mirarse en el espejo de su historia, de una «nación víctima que se basta a sí misma» pero, al mismo tiempo, incurre en la incongruencia de solicitar trato de preferencia, por parte del mundo exterior. Para ser más drástico todavía, es una Polonia acomplexada y provinciana, que pretende sublimar su complejo y su atraso en la prédica del «patio predilecto de Dios». Porque lo que ha sido fuente de la indudable fuerza espiritual frente al régimen totalitario, se convierte, en la realidad del mundo de la civilización moderna, en una debilidad y hasta indefensión frente a los desafíos que, cruelmente, plantea la reintegración en Europa. En términos prácticos, la mentalidad

La desaparición del último de una serie de enemigos históricos de la identidad nacional polaca, el comunismo, ha devuelto a Polonia a su propio devenir histórico. Aunque la influencia de poderosos factores externos, como la difícil vecindad de Rusia, todavía soviética, y de una Alemania unida, seguirá pesando sobre la mentalidad y la política polaca.



Tadeusz Mazowiecki.

aquí descrita acusa un miedo a la libertad y a la economía de mercado, un miedo que procura ahogar con viejos lemas nacionalistas y providencialistas. El derrumbe del comunismo ha destapado una caja de Pandora de la que asoman el *chauvinismo*, el nacional-catolicismo excluyente, el antisemitismo y las tentaciones a recurrir al gobierno de una mano dura.

La otra Polonia es una Polonia sobria y realista que se niega a atrincherarse en los tópicos del pasado. Esta otra mentalidad, contempla sin falsas ilusiones la dura realidad, asume tanto las glorias como las miserias nacionales pero, en su empeño autocrítico se muestra ajena y hostil a todo autoengaño de la «suerte singular». Apuesta por la democracia parlamentaria y la economía de mercado, aun cuando conseguir las exija deshacerse de una parte del pasado y suponga revisar la identidad nacional.

La división de «Solidarnosc» —que precisamente ha representado la síntesis de las dos Polonias, gracias a la presencia del enemigo común: el comunismo— ha puesto al descubierto el hecho de que estas dos mentalidades están ya enfrentadas. Para el espectador occidental, los frentes no están tan claramente delimitados, porque los criterios políticos clásicos, por ejemplo la derecha versus la izquierda, no captan la naturaleza del momento actual.



Lech Walesa

La lucha que se está librando en la cúpula del poder de la Polonia de hoy, refleja de algún modo, pero no del todo bien, el dilema. Lech Walesa y los más destacados de sus partidarios que le apoyan, en su enfrentamiento con el gobierno de Tadeusz Mazowiecki, no son ciertamente ni *chauvinistas* ni ideólogos de una intolerancia nacionalista o religiosa. Pero por muy pragmáticos que sean, buscando cumplir sus ambiciones de poder, queriéndolo o no, han alentado y encabezado un peligroso mecanismo de un resarcimiento moral y material de millones de polacos castigados en el pasado y hoy cansados y decepcionados con los escasos resultados palpables de la transición. El recurso a la recompensa por los perjuicios y a la mano dura para atajar el camino hacia el bienestar, pone en marcha una lógica política al término de la cual las facturas hay que pagarlas.

Polonia no corre el peligro de una reincidencia comunista totalitaria. Pero, en algunas mentes, está arraigada la idea de que no sería nada malo probar un régimen «firme», autoritario pero «nuestro», nacional, para quitar de en medio a algunos elementos «ajenos» y recorrer más rápidamente el camino hacia el bienestar. Pero los atajos no suelen conducir a las metas deseadas. ■

Maciej Stasinski es periodista polaco.

El cambio en la TV

Por Alberto M. Arruti

Decir que vivimos una época de profundos cambios resulta un lugar común. En ciencia, lo mismo que en política o en la vida social. Hace tan sólo un año, todavía existía el muro de Berlín. Los medios de comunicación social no podían permanecer ajenos a esta situación de cambio profundo.

Durante mucho tiempo, los estudiosos de la comunicación se han centrado, principalmente, en el estudio de los efectos de los medios, sobre todo la televisión, y en el papel cultural de los mismos. Basta citar los nombres de Halloran, Lasswell o Lazarsfeld. Pero he aquí que, a lo largo de la década de los ochenta, los medios se han convertido en uno de los sectores más dinámicos, por no decir más agresivos de la economía. Solamente en el sector audiovisual y en un espacio tan corto de tiempo, como es el que transcurre desde principios de 1988 hasta la mitad de 1989, se han realizado en Europa más de 100 operaciones de adquisición y fusión, que han representado un movimiento de capital de muchos miles de millones de pesetas.

En Europa, diversos grupos están tomando posiciones frente al mercado único europeo. Por ejemplo, el grupo alemán Bertelsmann, cuya principal actividad es la editorial, participa en la televisión como colaborador de la Compagnie Luxembourgeoise de Television. Los grupos, Havas, francés, y Maxwell, inglés, cuyas actividades principales se centran, respectivamente, en los campos publicitario y editorial y en la prensa diaria, están participando en canales de televisión de otros países distintos de los suyos.

Otro hecho a tener en cuenta es la presencia, en el sector de las comunicaciones, de empresarios

Es previsible que el mundo de la comunicación mantenga, en los próximos años, un crecimiento más rápido que la mayoría de otras actividades económicas.

relevantes en otros campos de la actividad económica. Tal es el caso de Bouygues o de grupos, como «General des Eaux», y «Lionnaise de Eaux». Esta presencia es debida a dos factores. En primer lugar, el atractivo que pueden ejercer los medios de comunicación ante cualquier financiero o empresario por el poder a que dan lugar. Y, por otra parte, a que, según muchos analistas económicos, es previsible que el mundo de la comunicación mantenga, en los próximos años, un crecimiento más rápido que la mayoría de otras actividades económicas.

El mundo de la publicidad está sufriendo, en consecuencia, profundos cambios. Una publicidad de un producto o de un servicio, a escala planetaria, asusta y preocupa a muchos. Por su parte, los profesionales de la publicidad hablan de la «libertad de expresión comercial» a la que comparan con la libertad de expresión sin otros calificativos. La nueva carta fundamental de Holanda, de 1981, ha excluido, de forma expresa, la publicidad comercial del artícu-

lo referido a la libertad de expresión. También, una posible regulación de la publicidad, a nivel de la Comunidad Europea está siendo considerada, aunque otros opinan que debe ser el mercado el que diga la última palabra.

La lucha por conseguir publicidad es, cada día, más acusada. Este año el mercado publicitario norteamericano asciende a 4.200 millones de dólares, a repartir entre ABC, NBC, CBS y Fox, la incipiente cadena de Murdoch. Los pronósticos establecen para ABC, 1.300 millones; para NBC, 1.500 millones; para CBS, 900 millones y 500 para Fox. Pero, la publicidad sólo se consigue con programas atractivos para la audiencia. En este sentido, la competencia es también feroz. Por ejemplo, Televisión Española que tenía la exclusiva del partido España-Corea del Mundial de Fútbol, consiguió que más de catorce millones de personas vieran este partido. En cambio, Tele 5 se había hecho con la exclusiva de las últimas actuaciones de los Rolling Stones en España, por lo que TVE ignoró informativamente la presencia de este conjunto.

En Inglaterra, el informe Calcutt ha levantado una encendida polémica. Mientras unos lo defienden, porque pretende garantizar, con mayor eficacia, el derecho a la intimidad, otros advierten de sus posibles peligros, porque podrían mermar, en algún sentido, la libertad de expresión. Así, el *Financial Times* escribe: «Las leyes propuestas marcarían una clara ruptura con el pasado y con una tradición británica, según la cual los periodistas no tienen más derechos que los demás ciudadanos... pero tampoco menos». ■

Alberto M. Arruti es físico y periodista.